

Las memorias de Pero Tafur

Franco MEREGALLI

La publicación a cargo de Francisco López Estrada de un *reprint* de los *Andanças e Viajes* de Pero Tafur, acompañado por el del escrito de José Vives Gatell, que se enfrenta con los problemas generales que pone la obra, y por integraciones debidas al mismo López Estrada y a sus discípulos¹, me ha inducido a volver al texto del viajero sevillano, de que me había ocupado hace muchos años². Como vivo desde hace treinta en Venecia, y como Venecia es el gozne de todas las andanzas de Tafur, he estudiado su testimonio veneciano y su actitud frente a Venecia, mezcla de admiración y de íntimo despego, debido al hecho de que Tafur, aunque «natural» de Sevilla, ciudad también mercantil, era sin embargo hijo de una sociedad feudal y caballeresca, cuyos valores eran muy diferentes de los que dominaban en Venecia³. Ya ocupándome de este aspecto específico de la obra me enfrentaba implícitamente con sus problemas generales, a la luz de una problemática diferente de la que había propuesto Jiménez de la Espada, el primero y en realidad único editor. Aún los que polemizaron con él aceptaban su aproximación general al texto, considerado predominante o exclusivamente como un almacén de datos cuya credibilidad se trataba de establecer.

Aquí me propongo estudiar la obra, más bien, como expresión de una personalidad que vive en una determinada circunstancia; y me lo propongo también porque creo que el mismo problema de la credibilidad de los datos que Tafur nos proporciona está relacionado estrictamente con dicha aproximación.

Jiménez de la Espada, que a pesar de sus defectos sigue decisivo como fuente de información sobre Tafur, nos advierte que la obra de éste, aun-

¹ *Andanças e viajes de un hidalgo español: Pero Tafur* (Barcelona: El Albir, 1982), pp. X, 93, XXVII, 618, 28. Otro *reprint* publica G. BELLINI (Roma: Bulzoni, 1986), con una introducción sobre *Pero Tafur tra Medioevo e Rinascimento*, particularmente sensible al texto como anticipación del clima del Descubrimiento.

² *Cronisti e viaggiatori castigliani del Quattrocento* (Milán: Cisalpino, 1957), pp. 55-68.

³ *Pero Tafur e Venezia: 1436-9*, en *Atti dell'Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti. Classe di Scienze morali. Lettere ed Arti*, t. CXLIV (1985-6), pp. 149-164.

que inédita, fue conocida por muchos durante siglos. Entre ellos, cita a Ambrosio de Morales, «quien copia un pasaje de ella en su *Discurso de la verdadera descendencia del Doctor Santo Domingo*»⁴. En efecto, Morales escribe⁵: «Mas todavía pondré aquí luego lo que Pero Tafur, cavallero principal de Córdoba criado del rey Don Juan el segundo, dice desto en su Itinerario hablando de la ciudad de Bolonia. Tiene esta ciudad, dice, muy buenas iglesias y monasterios, entre los cuáles está el de Santo Domingo predicador y su cuerpo del mismo enterrado. E por quanto este bien aventurado fue natural de Castilla del linaje de Guzmán de la parte del padre, e de la madre de los de Aca, el Maestro don Luys de Guzmán seyendo de aquel linaje mandó a Pedro de Guzmán su mayordomo, el cuál iba embaxador al Papa con la embajada del rey don Juan, que mirase aquel lugar, do Santo Domingo estaua enterrado e despendiesse en aquel lugar cierta suma de moneda que le dio y ansi lo fizo. Yo vi su capilla e sepultura muy bien labrada, que antes deuiera estar pobrememente. E todo entorno esculpidas e pintadas las armas de Guzmán. Esto que dice este autor ha ya más de ciento y cinquenta años y está claro que venía de muy atrás la tradición continuada». Jiménez de la Espada cita además a Gonzalo Argote de Molina, diciendo, a propósito de la relación de Tafur, que «tuvola entre sus mss.», «pues figura en el catálogo de los que consultaba para la *Nobleza de Andalucía*». A propósito de Morales, hay que observar que el texto citado por él, que no deriva, por supuesto, del único conocido, que es del siglo XVIII, coincide totalmente (con la sola excepción de «Aça», donde el texto de Jiménez de la Espada lee «Aça») con el editado, lo cual nos tranquiliza algo sobre la calidad del manuscrito de Salamanca. A propósito del título de la obra, podemos observar que lo mismo Morales que Argote de Molina⁶ lo citan no, como hacen el manuscrito de Salamanca⁷ y Jiménez de la Espada tras él, *Andanças e Viajes*, sino *Itinerarios*. Esto hace que nos preguntemos si es verdad que no existen otros manuscritos de la obra de Tafur; por un lado, no me resulta que nadie haya buscado en otras partes; por el otro, nada nos asegura que un eventual manuscrito venga bajo el título *Andanças e viajes*. Más probable es que venga bajo el de *Itinerarios*, o bajo un *incipit* que no llegamos a imaginar.

De todas formas, el título *Itinerarios*, ignorado por Jiménez de la Espada y «su manuscrito» pero no por las más antiguas noticias de la obra, las citadas, resulta menos aceptable que el de *Andanças e Viajes*. El libro es mucho más que uno de los tradicionales «itinerarios» de palmeros o rome-

⁴ Cf. XIV-XV de su introducción a la edición citada.

⁵ A. de MORALES: *Los cinco libros postreros de la Crónica general de España* (Córdoba, 1586), 332 F-333 A. Utilizo el ejemplar de la Biblioteca Nacional de San Marcos de Venecia.

⁶ *Nobleza de Andalucía* (Sevilla, 1588). *Indice de los libros manuscritos de que me he valido*.

⁷ El ms., procedente de Salamanca, se encontraba en la Biblioteca de Palacio de Madrid en la época de Jiménez de la Espada; ahora ha vuelto a la Biblioteca Universitaria de Salamanca.

ros. Se trata de andanzas y viajes de una persona específica en situaciones específicas, narrados por esta misma persona en una situación específica.

Esto último es lo que aquí quiero destacar. Como demostró de una manera muy lúcida José Vives ⁸, la obra, por lo menos en su redacción actual (pudo haber apuntes anteriores utilizados por el autor al momento de escribirla, pero las pruebas de que el texto se redactó unitariamente bastantes años después de los viajes, es decir de la época 1436-1439, son innumerables), se escribió después de la caída de Constantinopla y antes de la muerte de Juan II. Todo lo confirma, con una única excepción, es decir el «que Dios haya» de p. 139, que puede muy bien ser la interpolación de un amanuense posterior y que contradice, como nota Vives ⁹, el tono de todas las otras citas de Juan II, que hablan de este rey como del rey del momento. A las observaciones de Vives, y como confirmación de ellas, podemos añadir que Tafur no cita nunca a Enrique IV, que sin embargo fue aceptado por rey sin reservas, al menos en los primeros años. Tafur no cita nunca a Alvaro de Luna, lo cual hubiera sido impensable en un castellano de 1436-1439, y me parece demostrar que la obra fue escrita, o por lo menos radicalmente revisada y autocensurada, después de la caída del poderoso privado (abril-junio de 1453).

Todo esto nos lleva a poner en el centro de nuestra atención lo que no sólo Jiménez de la Espada, que cayó en errores tan groseros como hacer empezar el viaje de Tafur en 1435 y poner la muerte de Juan II en 1453, sino el mismo Vives, que sin embargo ha corregido tales errores y ha identificado claramente la época de redacción de la obra, descuidan: la distancia temporal, y por lo tanto existencial, entre los viajes y la redacción del libro. Esta distancia diversifica la obra de Tafur de un diario, por ejemplo de la *Embajada a Tamorlán* ¹⁰. Cuando escribe, Tafur recuerda sus viajes desde una distancia muy considerable, catorce o quince años, mientras vive una vida sosegada y provinciana en su Córdoba, donde tenía sus bienes, entre ellos sus dos esclavas y el esclavo traídos de Caffa, y «generación dellos» (162). La época de sus viajes se le presentaba a su memoria como la época heroica de su vida. Lo que había sucedido en Italia en aquella época, por ejemplo, es lo que ha pasado «estando yo allí», año más o menos: desde esta perspectiva se comprende que citase como contemporáneos a su estan-

⁸ *Andanças e viajes de un hidalgo español. con una descripción de Roma*. J. VIVES GATELL publicó su escrito, ahora incluido en el *reprint* de LÓPEZ ESTRADA, primero en *Spanische Forschungen der Görresgesellschaft*, 7 (1938), pp. 127-207, luego en *Analecta Sacra Tarraconensia*, 19 (1949), pp. 123-215.

⁹ Escrito cit., pp. 20-21.

¹⁰ Con razón conjetura Vives que la idea del gran viaje fue estimulada en Tafur por «haber escuchado en la Corte de su rey la narración de la embajada al Gran Tamerlán» (13); acaso exagere al considerar dicho hecho la causa principal. No menos importantes debieron de ser sus contactos sevillanos con los muchos europeos de que habla. Tafur es hijo de la atmósfera cosmopolita de Sevilla.

cia en Italia hechos algo anteriores, como la muerte de «micer Lopicín de Alasar de 1435» (14) o del conde de «Carmeñola» de 1432 (213). Al hablar de una ciudad extranjera la comparaba naturalmente con ciudades vistas después, lo cual da mayor autoridad a la impresión de conjunto que expresa sobre cada una de ellas ¹¹. Si compara una ciudad extranjera con una castellana, no significa esto, necesariamente, que haya conocido la ciudad castellana antes del viaje: la comparación la hace para que comprendan los que van a leer su manuscrito, en 1454 o después. Los quince días pasados viajando con Nicolò de' Conti han quedado encantadores en su memoria, «con el sabor de oyr tan buenas cosas como dezíe Nicolò de Conto» (III); es este encanto que quiere expresar narrando de aquellos días; pretender de él una narración precisa y documentada, como de un profesor que va a diario a las bibliotecas de investigación del siglo XIX o XX, es sencillamente tonto ¹². Tafur es un hombre que sabe apreciar mucho lo diferente, por ejemplo la vida veneciana, como he demostrado, o hasta la vida de los turcos; en este aspecto es admirable si lo comparamos por ejemplo con el hombre ideológico del XX: y es fidedigno. Ahora que Tafur no era un monstruo que llevase la preocupación de decir la verdad al autoleccionismo.

Pongámonos en su situación: un caballero de una ciudad gloriosa pero ya bastante periférica evoca en el papel sus años de «andanzas», que eran también los años de la juventud, ya bastante lejanos: se acercaba a los cincuenta, y no tenía inconveniente en recordar, de una manera muy discreta, ciertos encuentros femeninos. Según parece, las alemanas le gustaban especialmente ¹³. Pero ¿por qué se le había ocurrido escribir de sus viajes a tantos años de distancia? Sin duda, junto con la nostalgia de las grandes experiencias juveniles, funcionaba la emoción de la caída de Constantinopla, de aquella Constantinopla de que se consideraba remotamente originario (cf. 143 ss), como le había dicho al emperador Juan VIII Paleólogo, casi amigo suyo personal, puesto que le conoció muy bien en su misma ca-

¹¹ En algún caso se puede demostrar este fenómeno. A propósito de Buda, habla de «una grant sala fecha a la manera de aquella de Padua» (284), pero de la sala de Padua, «la mayor dos tanto que yo e visto en el mundo» habla sólo más tarde (287).

¹² Cf. mis *Cronisti e viaggiatori* cit., a propósito de M. Longhena. A. Morel Fatio, en su reseña de la edición de J. de la Espada, en *Revue critique d'Histoire et de Littérature*, 9 (1875), 140, escribió: «nous ne serions pas éloignés de croire que Tafur a inventé une rencontre avec le célèbre marchand vénitien pour donner plus d'intérêt à sa narration». Tal afirmación demuestra el desconocimiento, por parte de Morel-Fatio, de la personalidad, los valores de Tafur, que desde luego no podía pensar que las personas para él importantes diesen tal importancia a un mercader veneciano más o menos renegado. Peor hizo Jiménez de la Espada al contraponerse a Morel-Fatio en nombre de un patriotismo ingenuo. Esta polémica dejó su rastro negativo en la historia de la recepción, a todas luces inadecuada, de la obra de Tafur.

¹³ No sólo la *Señora* de Constanza, «la más hermosa muger que jamás vi nin espero ver» (267).

pital y volvió a verle en Ferrara, donde por cierto Su Majestad le reprochó haberse cortado la barba (221). Tafur pensaba que los cristianos podían y debían haber hecho más para defender Constantinopla¹⁴; si ahora, en 1453-4, recordaba con tanto entusiasmo su visita a la corte del duque de Borgoña en Bruselas (245-250), ello se debía también al hecho de que este duque era uno de los poquísimos príncipes cristianos que estaban dispuestos a hacer algo concreto contra los turcos conquistadores de Constantinopla. Todo esto correspondía a su educación de caballero, descendiente de uno de los conquistadores de Córdoba, adolescente en casa de Luys de Guzmán maestro de Calatrava, combatiente contra los moros. Tafur insiste en decir que, cuando algún señor quería que quedase en su corte, contestaba que debía volver a Castilla, porque sabía que su rey estaba preparando una expedición contra los moros, y él naturalmente no podía faltar a la llamada. (De todas formas, no cabe duda de que el ofrecimiento le halagaba; y que no desechaba la ocasión de mencionarlo).

En este contexto, escribir las memorias de sus viajes podía ser también muy útil. Podía demostrar a los poderosos de la corte de Juan II que Pero Tafur podía ser utilizado, por ejemplo en misiones diplomáticas, mejor si finalizadas a preparar una intervención de las potencias cristianas en favor de los bizantinos y contra los turcos (de todas formas, Tafur no cometía el error de subvalorar al enemigo: habla siempre de los turcos con respeto y hasta admiración, aunque alude también a ciertos puntos débiles de su organización militar, por ejemplo la escasa calidad de sus caballos: 184). O podía demostrar que Tafur, por haber comparado la vida de tantos pueblos, había venido en «conocimiento de lo más provechoso a la cosa pública», según dice en la dedicatoria a Fernando de Guzmán Comendador Mayor de Calatrava; podía por lo tanto servir en la política del rey, o al menos de la Orden de Calatrava¹⁵.

Si éstos son los móviles que indujeron a Tafur al ejercicio del recuerdo, los mismos móviles debieron de inducirle a determinados «olvidos». No siempre conviene recordarlo todo; si la simulación no es honrada (se pue-

¹⁴ Habla de la decadencia de Constantinopla, y afirma que si los Turcos no la habían tomado antes «era por miedo de non ensañar los cristianos del Poniente, porque non les fuese en contra: e bien parece, por la negligencia que, después de Constantinopla pérdida, an mostrado los príncipes e pueblos cristianos, que en vano era su recelo» (168). No habían faltado, ya en los años de las andanzas de Tafur, avisos: por ejemplo, G. Torcello, en un memorial entregado al Concilio de Florencia el día 16 de marzo 1439, para el duque de Borgoña, afirmaba que el Gran Turco disponía de cien mil caballeros y diez mil infantes; cf. *La caduta di Costantinopoli*, testi a cura di A. PERTUSI (Milán: Mondadori, 1976), XX (naturalmente Pertusi ignora a Tafur, y más en general la península ibérica). No mucho se saca del folleto *Influencia de la Caída del imperio Bizantino* (Madrid, 1953). Ni M. GÓMEZ MORENO (*La toma de Constantinopla y la evolución del Renacimiento*) ni F. Sánchez Cantón citan en él a Tafur.

¹⁵ El «Comendador mayor» era el n. 2 de la jerarquía de la Orden de Calatrava; cf. el bien documentado (y anónimo, como desgraciadamente todos) artículo de la *Enciclopedia Espasa*, voz *Calatrava*.

de utilizar extraordinariamente por razones de defensa con extranjeros de conducta discutible o deplorable ¹⁶), la disimulación puede ser oportuna o necesaria. Este aspecto de las memorias de Tafur no se ha tenido en cuenta. Tafur se identifica sustancialmente con su yo de quince años antes; no hay un contraste entre yo narrado y yo narrante. Pero es evidente que si le resulta que algo de lo que le había pasado era más oportuno callarlo, lo hace: cosa que puede servir para comprender algún pasaje del texto que ha dejado perplejos a uno o a otro de los poquísimos que lo han estudiado.

Tomemos el caso de la cita de Ginebra. Hablando de la feria de Amberes, Tafur la compara con la de «Geneva, que es en el ducado de Saboya» (260). Vives supone ¹⁷, como nosotros, que esto demuestra que Tafur había visitado Ginebra. Como sin embargo no habla de esta visita, Vives llega a pensar que viese Ginebra «en otra ocasión», es decir a hipotizar nada menos que otro viaje de Tafur a Europa: «pudo ser esto antes de 1436 y así se explicarían mejor algunas alusiones históricas que en otro caso resultan contradictorias»: evidente alusión a acontecimientos como la muerte de «Lopicín de Alacar». Parecida suposición me parece muy atrevida y desproporcionada a los síntomas. Me parece mucho más verosímil que Tafur haya pasado en efecto por Ginebra, pero haya juzgado oportuno no hablar de esta parte de sus «andanzas»; que sin embargo le haya salido la cita de

¹⁶ Tafur confiesa haber dicho algunas mentiras, pero siempre a personas que merecían desconfianza, como por ejemplo N. de'Conti, un veneciano renegado, que se le había acercado en un ambiente tan exótico y desconocido a Tafur como el Monte Sinai («llegóse a mí e preguntome quién era», 95). Tafur le dice en un primer momento que «era de Italia e me avía criado con el rey de Chipre» (ibid): menos peligroso que declararse castellano, puesto que los castellanos se consideraban enemigos naturales de los moros, y los italianos eran sobre todo comerciantes: el rey de Chipre era vasallo del Sultán de «Babilonia». Más tarde, «mirando como era persona grave y discreta e de buen gesto, díxelo como yo era fidalgo e cavallero natural de España» (96). Cerca de Viena, algunos intentan, sin éxito, saltarle; los encuentra después en Viena, y ellos se justifican con su pobreza y piden perdón; Tafur se declara él mismo «pobre e estrangero» (281), mientras pocos días antes había renunciado al dinero que quería darle Alberto de Austria. Es claro que los aspirantes atracadores no tenían derecho alguno a que Tafur les dijese la verdad. Estas mentiras corresponden, según Tafur, a la más rigurosa conducta de un caballero; reconocerlas no es confesar una culpa. R. RAMÍREZ DE ARELLANO, *Estudios biográficos: Pero Tafur*, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 41 (1902), afirma que, aunque Tafur se declara sevillano («yo era castellano natural de Sevilla»: 78), según declara al «Trujamán mayor del Soldán» (77), dice esto «para, de tal manera, tener seguro el pellejo (p. 275): «el viajero iba indudablemente inventando falsedades, según le convenía, para atraerse personajes poco de fiar, pues eran renegados» (p. 275). Probablemente inducido por un ingenuo patriotismo de campanario, Ramírez quería a la fuerza que Tafur, según él «natural» de Córdoba, fuera un mentiroso. No se ve porque resultase más seguro su pellejo si Tafur se declaraba sevillano, mientras era cordobés y aseguraba «que non le encobrirí nada de mi fecho» (78): ambas ciudades pertenecían al reino de Castilla. De todas formas, las noticias que nos da Ramírez son importantes para comprender en qué situación fueron escritas por Tafur las *Andanças*.

¹⁷ Escrito cit., p. 14.

Ginebra en un contexto diferente e inocente, a propósito de ferias, junto con las citas de las de Frankfurt y de Medina.

¿Por qué dejaría de hablar de su pasaje por Ginebra y del itinerario recorrido en aquella ocasión? Podemos avanzar hipótesis, que quedan hipótesis, pero se colocan indudablemente en un conjunto de circunstancias mencionadas en el libro. En 1436-9 estaba en su momento máximo la tensión entre el papa Eugenio IV y el Concilio de Basilea. La actitud personal de Tafur (como la de muchísimos¹⁸) en aquellos años resulta bastante ambigua. En 1453-4, en el momento de escribir sus memorias, ya el conflicto se había solucionado con la victoria de la Sede pontificia, obtenida por cierto con amplias concesiones a los soberanos y a los mismos padres de Basilea. En 1439 había sido elegido papa por éstos, que habían depuesto al papa veneciano Eugenio IV, el duque de Saboya Amadeo VIII, que en 1434 se había retirado en una residencia mandada construir en Ripaille, cerca de Thonon, en el Lago de Ginebra. Félix V, como se llamó el rival de Eugenio IV, renunció al ducado de Saboya en 1440. Como antipapa no tuvo mucha suerte, renunció al papado, y murió en Ginebra, en 1451. El papa Nicolás V, sucesor de Eugenio IV (muerto en 1447) habían tratado con gran generosidad, o pragmática condescendencia, a los que habían seguido a Félix V, y a éste mismo. Pero resultaba oportuno en 1453-4 no insistir en un tema tan delicado. Si Tafur había ido a Ginebra, y a lo mejor había visitado a Amadeo en la cercana Ripaille, era mejor olvidarlo. La actitud de Tafur era la actitud de su rey Juan II, que reconocía al papa de Roma, sin por esto renunciar a las posibilidades que la debilidad de la sede romana le proporcionaban. Tafur tuvo muchísimas relaciones con personajes más o menos conciliaristas. La familia real de Chipre, con la cual tuvo relaciones estrechas, estaba emparentada con Amadeo de Saboya¹⁹; en Alemania se acompañó con una embajada que los padres de Basilea, en el momento de mayor contraposición al papa de Roma, en octubre de 1438, habían enviado al duque de Borgoña (a quien Tafur acababa de visitar en Bruselas) y que volvía a Basilea. Alberto, rey de Alemania y Emperador electo, a quien Tafur visitó en Breslavia y de que fue honrado, era más bien partidario del concilio y favorecía a los feudatarios (entre ellos al patriarca conciliarista de Aquileya) despojados por Venecia. Todo esto se podía decir en 1453-54, y Tafur lo dice; pero no le convenía hablar de hechos que podían perjudicarle, por ejemplo, frente a la corte romana, de que sin embargo parece no tener noticias al día, puesto que habla de

¹⁸ E. S. Piccolomini fue decidido partidario de Basilea; sin embargo fue más tarde papa romano (1458-1464), sucesor de Calixto III Borja.

¹⁹ En 1433, Ana, hermana de Janus III rey de Chipre, se casó con Luis o Ludovico, hijo y heredero de Amadeo VIII, es decir del papa de Basilea Félix V. El cardenal Hugo de Lusignan, tío de Ana, de que Tafur habla a menudo (65, 68, 69, 71, 83, 120, 209), fue destituido por Eugenio IV, y murió en Saboya en 1442.

Roma como la había visto en 1436, no como ya la estaba organizando en 1453-4 Nicolás V. Según notamos, al momento de redactar sus memorias ya no vivía en una ciudad tan en contacto con el mundo como la Sevilla de su juventud.

Si es cierto todo esto que conjeturamos, debemos decir que el proyecto vital de Tafur, si se realizó en su aspecto evocativo-nolstálgico, expresado con la medida compatible con la tradición de las crónicas, no fue fecundo de resultados por lo que se refiere a su dimensión social y cortesana. Uno de los recuerdos más agradables de su vida había sido el encuentro con el obispo de Burgos en la corte de Alberto II en Breslavia. El famoso Alonso de Santa María, o de Cartagena, el que en 1434 había ganado en favor del rey de Castilla la disputa de la precedencia con el rey de Inglaterra en el Concilio, le había notado en la corte de Alberto II, y la importancia que el obispo de Burgos tenía para Alberto en aquel momento debió de ser uno de los motivos de las atenciones que el rey de Alemania tuvo con Tafur. Alberto había querido regalarle a Tafur «hasta trescientos florines» (277), que Tafur delicadamente no había aceptado, diciendo que «tenía abundantemente lo que avía menester» (277). El obispo «fizo conmigo tantas alegrías quantas pudo, porque así avía respondido; e aun después en Castilla delante de mi rey don Juan lo notificó» (278). La relación con el obispo de Burgos podía ser importante para el porvenir de Tafur en la corte: esto debió de pensar Tafur particularmente en 1454, después de la caída de Alvaro de Luna, de que Alonso de Santa María fue instrumento ²⁰.

Nosotros conocemos la obra de Tafur en un manuscrito dedicado a Fernando de Guzmán, comendador mayor de Calatrava; pero no hay que pensar en tal dedicatoria como en una dedicatoria única, como si se tratase de la dedicatoria de un libro impreso. Probablemente, Fernando de Guzmán era tan sólo uno de los destinatarios privilegiados del texto de Tafur.

²⁰ Me queda una duda a propósito de las relaciones entre Tafur y el obispo de Burgos. Nuestro viajero, hablando del encuentro de Breslavia, dice que el obispo «era discreto» (276). De Juan de Torquemada dice «este que es oy cardenal de Sant Systo» (268). De Juan de Cervantes, cardenal de San Pedro y arzobispo de Sevilla, habla también al pasado: murió en noviembre de 1453. Me parece sin embargo difícil que Tafur en 1453-4 no estuviese enterado del papel que tuvo el obispo de Burgos en la caída de Alvaro de Luna. Sobre este papel cf. D. de VALERA, *Crónica abreviada*, capítulo CXXIV, en la edición del *Memorial de diversas hazañas* a cargo de J. M. Carriazo (Madrid: Espasa, 1941), p. 332: el rey «mandó luego al obispo de Burgos, don Alonso de Cartagena, que fuese luego al maestre y le mandase de su parte que se diese a prisión». La *Crónica de Alvaro de Luna* habla ampliamente de Alonso de Cartagena, que Alvaro de Luna declara ed. de J. M. Carriazo [Madrid: Espasa-Calpe, 1940], p. 381 «en este fecho el mayor contrario que yo tengo». Dicha *crónica* narra como en Burgos, al obispo de ella que le recomendaba humildad frente a la orden del rey, que quería que se entregase, Alvaro de Luna contestó que no le tocaba hablar «donde caballeros fablan; quando fablaren otros de faldas luengas como las vuestras, entonces fablad vos». «El obispo calló entonces, cassí avergonçado, e con temor» (392). El rey firmó garantías para el Maestre. «las quales juró en manos del obispo de Burgos» (393).

Se puede hipotizar que otro destinatario privilegiado fuese precisamente el obispo de Burgos. Pero Juan II murió en el mismo 1454 y Alonso de Santa María en 1456. Los momentos brillantes de vida cortesana quedaron para Tafur un recuerdo de juventud. Su vida siguió siendo la desahogada de un veinticuatro de Córdoba, diligente administrador de su ciudad ²¹.

²¹ Sólo después de cerrada la redacción de este ensayo ha llegado a mis manos la edición inglesa de Tafur: Pero TAFUR. *Travels and adventures, 1435-1439*: Translated and Edited with and Introduction by M. Letts. London: Routledge (1926), pp. XV-261, edición citada por Vives, por mí (cf. n. 2) y por López Estrada (cf. n. 1), pero por nadie examinada. Ha sido uno de los fallos de la tradición de los estudios sobre Tafur (otro más grave, el hecho de que nadie ha vuelto a examinar el ms. de Salamanca, continúa aún después de mis dos escritos). Como ya el título anuncia, haciendo empezar el viaje en 1435, Letts acepta acriticamente la reconstrucción cronológica de Jiménez de la Espada. La introducción es predominantemente un resumen de la obra. Es de destacar en ella la afirmación de que «indeed, his descriptions of Bruges, still almost at the height of its prosperity, and of its harbour at Sluys, are by far the most detailed and valuable which have so far been discovered» (p. 13); una declaración que, como viene de un especialista de la historia de Bruges (LETTS escribió *Bruges and its Past*, de que en 1926 salió la segunda edición), confirma autorizadamente el valor testimonial de la obra de Tafur. Para mí criticable es la afirmación de Letts, a propósito de los «commercial instincts of the traveller, his business-like methods» (16). Tafur no era un comerciante y tenía muchísimo interés en dar de sí una imagen de caballero y no de comerciante; sencillamente estaba al tanto de las más refinadas técnicas bancarias practicadas de manera ejemplar por Venecia. Mucho más importantes son las notas, (pp. 235-251) que Letts afirma (cf. *Preface*, p. VII) y son en realidad independientes de las de Jiménez de la Espada, cuyo catálogo biográfico sin embargo causa en él una «unqualified admiration» (ib). Las notas se ocupan sólo de las noticias dadas por Tafur. Pero contienen datos e indicaciones bibliográficas aprovechables. Incluso contienen unos que se refieren a Venecia y me resultan nuevos: p. 236: «Lo Storione» was one of the popular inns on the Rialto. The sign appears in a picture by Carpaccio «Il Patriarca di Grado». See E. ZANIBONI. *Alberghi italiani (secolo. XIII-XVIII)* (Nápoles, 1921), p. 65». Cierra el libro un *Index* cuya consulta hubiera facilitado la tarea de los autores del *Indice onomástico y toponímico* (que de todas formas resulta más rico) del *reprint* de López Estrada.